

Rosas rojas

—¿Gran fiesta, doña Bobò?

—Como Dios manda, doña Mara.

—¿Ya han llegado todos los parientes del novio?

—Ya han llegado todos desde Palermo, cargados de regalos. El padre, la madre, la hermana...

—¡Imagínate tú si doña Angela...!

Doña Bobò enmudeció, como si la mismísima doña Angela hubiera hecho aparición para llamarla. Le sorprendía un poco que la cuñada aún no hubiera interrumpido, como siempre, su conversación con la vecina. Se metió en casa y cerró la ventana muy despacio para no hacer ruido. Cuando se dio la vuelta, la plateada luz del espejo la embistió. Entonces se miró, tímidamente. Sintió una especie de piedad por sí misma, como si nunca antes se hubiera mirado, y pensó, sin amargura, que su cuñada ya no tenía ningún motivo para vigilarla. Se vio los hombros caídos, la cara llena de arrugas como si fuera una pequeña manzana olvidada, el pecho más liso que una tabla, un poco hundido.

Se apartó del espejo casi con prisa y volvió a quitar el polvo a los muebles del salón. Pasaba el trapo entre la compleja vegetación que decoraba los respaldos, con la regular

meticulosidad de una máquina. Las pequeñas manos oscuras se afanaban, pero los pensamientos iban a su aire.

Veía a lo lejos, borrosa, una fuerte claridad verdosa. Los pocos recuerdos dispersos de los lugares que no había vuelto a ver se le presentaban siempre así: la pérgola de Licata con la uva inmadura, mamá vestida de negro, ella que bordaba ramos de rosas rojas con los tallos rígidos como cirios en una sobrecama de color amarillo claro. La sobrecama, interminable, estaba destinada a formar parte de su ajuar.

Concetto venía a visitar a mamá. Se sentaba también él bajo la pérgola y aceptaba el café con saboyanos caseros. Hablaba por los codos. Pero si por casualidad mamá se alejaba un momentito, él dejaba de hablar, y ella se ponía más colorada que las rosas rojas, y bajaba la mirada, un poco feliz, un poco asustada, por haberse quedado a solas...

Y después, cuando murió mamá y cerraron la casa de Licata, se fue a vivir a casa del hermano.

Pueblo nuevo, gente nueva.

Acabado el luto, tras un año de clausura, en medio de gente que no conocía, en medio de parientes a los que no quería, volvió a ver a Concetto. La primera vez fue una mañana (conservaba nítido el recuerdo) y en la iglesia. Lo vio, al levantar los ojos del libro, apoyado en un pilar, con el sombrero en la mano, dentro de un rayo de sol lleno de polvo de oro y plata.

La cuñada no la volvió a llevar a misa de once. Ni la sacó de paseo por la calle de la Niviera, donde él la había seguido lentamente, a distancia.

—Bobò, tú vigilarás a las mujeres que lavan en el patio.

—Tiene que venir el granjero: Bobò lo esperará.

Aún la llamaban Bobò. El tiempo pasaba pero todavía llevaba el diminutivo que le pusieron en Licata, como una breve

y tibia caricia. Michelina, la sobrinita, la llamaba tía Bobò, pero cuando se hizo mayor empezó a llamarla solo tía. Y Angela, cuando tenía que referirse a ella, decía: «Mi cuñada». Si se dirigía a la criada, entonces la llamaba «la señorita», o «tu hermana», si hablaba con el marido.

A todos les cansaba aquel diminutivo de niña. Una vez Angela dijo:

—Es ridículo seguir llamándote Bobò.

Pero a nadie le parecía natural llamarla Liboria. Era la costumbre.

Con el tiempo, ella se avergonzó de llamarse Bobò. Pero el diminutivo estaba ligado a su persona, como la fresca juventud que no quería morir. Sí, tenía los cabellos demasiado suaves y largos, el pecho demasiado abundante, aunque lo aplastara (por pudor) bajo corpiños oscuros rígidamente abrochados.

Concetto se había mudado al pueblo donde vivía Bobò. Era farmacéutico. Le pidió la mano de Bobò al hermano, que lo rechazó sin siquiera preguntarle a ella.

Ella lo supo después. Se lo dijo una criada que había sido despedida.

—¡Señorita, abra los ojos! ¡Usted dormirá siempre sola, y su dote la disfrutará doña Michelina!

¿Y qué podía hacer? Diría: «¿Me quiero casar?».

Una oleada de sangre le subía a la cabeza ante tal audaz e impúdico pensamiento. ¿Cómo iba a decirles eso a la cuñada y al hermano?

Pero no dijo nada. Y Concetto pasaba todos los días por el callejón y Angela cerraba las ventanas; Concetto iba a misa de ocho y paseaba por la avenida de Santo Stefano, y Angela empezó a ir a misa de cinco y no volvió a dejar salir a la cuñada. Concetto escribió tres veces, pero Angela se apropió de las tres

cartas, llenas de humildes y ardientes palabras, y las rompió. Fue una lucha sorda y feroz entre Angela y Concetto.

Una tarde, el hermano, harto de oír a su mujer decir que no aguantaba más el papel de vigilante, regañó a Bobò: le dijo que las mujeres eran todas iguales y que bastaba que vieran un hombre (¡cualquier vicioso muerto de hambre!) para perder la compostura. Creyendo que le hacía bien, le dijo palabras brutales. Bobò escuchó sin rechistar, con un nudo en la garganta: tenía la sensación de que la habían desnudado y expuesto ante todos, ante el hermano que la despreciaba, ante Michelina que sonreía...

Eso hizo más fácil la tarea de Angela, porque Bobò ya no se atrevió a asomarse a la ventana, ni se atrevió a volver a salir. Esperaba, esperaba siempre, que se produjera un prodigio del amor, como ocurre en las novelas y en los cuentos.

Al farmacéutico le dijeron que Bobò no se quería casar, que Bobò quería ser monja seglar en casa.

Y el tiempo pasó lento, lento, y cambió el color de las cosas, igual que un velo de polvo deforma un juguete abandonado. Los cabellos se le volvieron opacos, el pecho se le cayó, los ojos perdieron su dulce esplendor.

También Concetto se volvió gris y pesado. Pero no se casó. Nunca pudo amar a otra mujer como había amado a Bobò.

Ahora era Michelina la que se iba a casar. La tía le había regalado su ajuar y la sobrecama amarilla con rosas rojas, todavía vivas y frescas como su corazón. También había firmado un documento en el que cedía a la sobrina todas las posesiones que tenía en Licata. Todo se lo dio poco a poco en esta vida, y ahora se apartaba de su camino.

—Por gratitud... —decía la gente.

Por gratitud, claro... El hermano le había dado una familia; Angela había sido como una hermana mayor, un poco severa, pero afectuosa.

Y Bobò se había hecho a un lado para dejar paso en la vida a la nueva esposa.

—¿Qué haces en este bendito salón? Hoy no hay tiempo que perder. Date prisa.

—Aquí estoy —respondió humildemente Bobò, volviendo en sí.

Era tarde. Trabajó afanosamente hasta la noche. Luego vistió a la novia, como una muñeca viviente. Angela a un lado, ella al otro, la novia en pie, un poco pálida y soñadora.

—Esta lazada no me gusta —exclamó Bobò.

—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué?

—Tiene razón la tía —dijo Michelina—. Déjala que la haga ella.

Tenía que estar guapa, la pequeña. El novio venía de Palermo y tenía los ojos llenos de mujeres elegantes. Bobò se entregaba a aquellos preparativos con ardor. Vistiendo a la novia revelaba cierta pretensión de buen gusto, una gracia coqueta que nunca había mostrado.

Después se preparó ella. Se peinó el cabello con raya en medio, como siempre. Sus cabellos, todavía largos y espesos, no eran dóciles al peine, y parecían empolvados, repletos de hebras blancas. Cogió del armario el vestido nuevo. El vestido era color canela, con ribetes negros, encargado al gusto de Angela, y emanaba el mismo olor a nuevo, un poco agrío, que se respiraba en la sastrería. Por eso, para ventilar el vestido, abrió de par en par la ventana. Pero vio un grupo de muchachos que se agolpaban delante de la puerta, esperando a que llegara el novio, y volvió a cerrar.

—¡Apresúrate! —llamaba Angela—. Hay que hacer que lleven las bandejas.

—¡Deprisa! Hay que llevar la lámpara nueva al salón.

Darse prisa, como siempre. Se vistió apresuradamente, sin mirarse al espejo, y salió rápidamente de la habitación.

Ordenó a la criada que llevara la lámpara al salón; corrió al comedor para organizar el refrigerio: allí las galletas y los dulces finos, los vasitos en la bandeja más grande.

Pasó Angela, vestida de raso, toda atareada.

—Cuando hayas acabado, ven tú también un momento. Es necesario.

Dijo «es necesario» con tono irritado. No quería que se murmurara que dejaba a la cuñada de lado ahora que había obtenido la cesión de todas las tierras de Licata.

Bobò se sobresaltó. Se angustió. No estaba acostumbrada a ver gente, a estar en el salón... Pero Angela le ordenaba que fuera, con ese tono suyo que no admitía réplica. Por eso había mandado a confeccionar el vestido para la ocasión... Había que obedecer. Como siempre.

Bajó al salón. Las piernas le temblaban como si la novia fuera ella y abajo la esperara el novio. Las luces y las charlas la aturdieron. Permaneció indecisa ante la puerta un instante, protegida por la pesada cortina de flores; luego avanzó y se dirigió hacia el sofá donde estaba sentada la cuñada, rodeada de invitadas, como una reina en su trono.

La cuñada la presentó ante los parientes del novio, que apenas se dignaron a hacer un movimiento con la cabeza.

La hermana del novio la observó curiosamente con los anteojos. Era desgarbada, insignificante, arrugada, y Angela la miraba con severidad.

«Seguro que es alguna vieja solterona que mantienen en casa», pensó.

Bobò se alejó, casi de puntillas. Puso en el centro la lámpara nueva, que no era lo bastante vistosa, y se aseguró de que todo estuviera en su sitio; tenía la tenaz costumbre de no estar nunca mano sobre mano.

Junto al piano cerrado, negro y brillante como un ataúd, había un invitado solo, apartado. La miraba. Ella tembló de la cabeza a los pies y se le acercó.

Veía, borrosas, una cabellera gris y una sonrisa cansada.

—¡Don Concetto!

—¡Doña Bobò!

Callaron. No tenían nada que preguntarse.

—¡Cuánto tiempo...!

—¡Cuánto tiempo...!

Bobò tenía un nudo en la garganta. Las luces de las velas, el susurro, la gente, todo desaparecía, a lo lejos, danzando. Tenía la impresión de estar a solas con don Concetto, en un punto inmenso y desierto, y que debieran cogerse de la mano. Se miraron durante largo rato, con una especie de ansiedad.

—¡Cuánto tiempo...!

—¡Cuánto tiempo...!

Ella, viéndolo envejecido, sentía casi dolor porque los años habían pasado por aquel pobre hombre, encorvándolo, devastándolo. Los años... que lo habían ajado todo irremediablemente, dejando fresco e intacto su corazón de virgen.

No era la lujosa luz de las velas lo que le llenaba los ojos, sino la verde claridad de los recuerdos de Licata.

Pero la serena claridad desapareció de sus ojos estáticos de golpe, bruscamente, cuando oyó una voz familiar más áspera y susurrada que de costumbre. Siguió a la cuñada hasta el comedor, caminando ligera y soñadora, como la novia.

—¡Haces el ridículo! —exclamó la cuñada—. ¡Vieja atontada! ¿No te da vergüenza? Prepara la mistela y llévala abajo.

No le dijo: «Tú no vengas». Pero Bobò no acudió, como si Angela se lo hubiera ordenado. Preparó las bandejas y llamó a las criadas para que las llevaran al salón.

—Primero los vasitos, luego los dulces...

Fue a su habitación y se quitó el vestido color canela, para que no le pudiera la tentación de volver. Sentía que no tenía que regresar porque ahora, bajo la mirada irónica de Angela, ni ella ni él podrían haber revivido los dulces tiempos pasados.

Escondió el rostro entre las manos, pero no lloró. Estremecida, vio con claridad su insulsa vida de vieja solterona todavía enamorada.